El concepto de alienación *

Por Gaylord C. Le Roy

La dificultad del concepto de alienación es que resulta demasiado útil: explica, en cierto modo, demasiadas cosas (¡he aquí una lamentación poco común!). Si significa que nuestras respuestas y nuestros sentimientos humanos han quedado en cierto modo enajenados y alienados de nosotros, entonces parece aplicarse a muchas enfermedades características de nuestra época.

Cuando leemos, por ejemplo, que treinta y ocho personas presenciaron cómo una joven recibía heridas de muerte en tres ataques distintos, y ni siquiera una de ellas se molestó en llamar a la policía, la respuesta que se nos ocurre inmediatamente es que estas personas estaban de algún modo alienadas; que no actuaron como se espera que lo hagan las personas, pues los impulsos humanos normales resultaron inoperantes. Tenemos también a la multitud que aguarda que un joven se decida a arrojarse desde el piso catorce. Recientemente se han producido al menos dos casos en que la muchedumbre reunida empezó, al cabo de un rato, a gritar a coro: « ¡Salta!, ¡salta!, ¡salta!»

A1 leer estas noticias, uno siente que estas personas no estaban actuando como seres humanos en absoluto. ¿Acaso no estaban también alienadas de sí mismas? Podemos considerar también nuestra impotencia frente a los acontecimientos sociales y políticos de nuestra época: No actuamos como si estuviéramos en relación con ellos, realmente implicados: nos mantenemos al

---

* El presente trabajo fue publicado, como capítulo primero, junto con otros artículos de diversos autores, en el libro “Marxismo y alienación”, editado en español por Ediciones Península, Barcelona, 1972

margen, con una especie de ofuscación. Cabe mencionar igualmente nuestra impotencia frente a la amenaza de una catástrofe mundial. Algunas personas responden a ella y tratan de hacer algo, pero muchos de nosotros nos hemos apartado de la acción y nos convertimos en espectadores pasivos, no vinculados realmente con lo que está ocurriendo. ¿Se trata una vez más de alienación?

Una ojeada al libro *Man Alone: Alienation in Modere Society* mostrará lo fácil que es utilizar el término para explicarlo todo. Entre los ejemplos de alienación en nuestra época, los redactores mencionan las vidas de muda desesperación, los actos de violencia carentes de sentido de los delincuentes juveniles, los idiotizados auditorios de los medios de comunicación de masas, las personas que rechazan los valores de nuestra cultura pero que no encuentran alternativa, los evasionistas, los solitarios, los nihilistas, los desesperados que quisieran resolver nuestros problemas haciendo estallar el planeta. Para todos estos grupos, según los editores del libro, Eric y Mary Josephson, el concepto clave es el de alienación.

Entre los trastornos psicosociales para los que se emplea el término alienación, mencionan los estados de angustia, de despersonalización, la sensación de desarraigo, de impotencia, de falta de sentido. Entre los grupos sociales que han sido descritos como especialmente alienados citan a las mujeres, a los obreros industriales, a los trabajadores de cuello blanco, a los trabajadores emigrantes, a los artistas, suicidas, personas transtornadas mentalmente, adictos a las drogas, ancianos, a la joven generación en su conjunto, a los delincuentes juveniles, a los votantes, a los no votantes, consumidores, auditorios de los medios de comunicación de masas, a quienes experimentan una desviación sexual, a las víctimas de los prejuicios y de la discriminación, a quienes tienen prejuicios y a los que son partidarios de la discriminación.

Uno comprende en seguida que un término que explica tantas cosas en realidad explica muy pocas. Tal es, precisamente, el problema en lo que respecta a la alienación. El modo de establecer una medida de precisión en nuestra reflexión sobre el tema es examinar la historia del término:

El texto fundamental viene dado aquí por los escritos juveniles de Marx, los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. Marx tomó y volvió a definir un término empleado ya por Hegel y Feuerbach. Escribiendo específicamente sobre la alienación en la sociedad burguesa, sigue la pista de esa situación hasta la naturaleza del proceso de trabajo; hasta el modo, en condiciones de propiedad privada, en que el trabajo deja de ser la expresión de las capacidades creadoras del trabajador; y la sigue también (y se trata ahora de una visión más sutil y más sorprendente) por el camino en que el objeto creado por el hombre cobra un poder independiente del hombre mismo y domina sobre él.

Muestra que el hombre se ve empobrecido en una sociedad en la que el trabajo es exterior al trabajador, esto es, no pertenece a su ser esencial; en la que el hombre, mediante su trabajo, no se afirma sino que se niega a sí mismo; donde no se siente contento sino infeliz; donde no desarrolla libremente su energía física e intelectual sino que mortifica su cuerpo y echa a perder su mente. E1 trabajo, por tanto, «no es la satisfacción de una necesidad: es simplemente un medio de satisfacer necesidades exteriores a él. Su carácter alienado se pone de manifiesto claramente en el hecho de que tan pronto como deja de existir la compulsión física, el trabajo se evita como si fuera una plaga».

Podemos aprender mucho de los atisbos profundos y todavía válidos incorporados en los *manuscritos*, y también de los particulares caminos por los que el propio Marx superó posteriormente el estadio de desarrollo teórico alcanzado en esta época. Nunca se destacará suficientemente el hecho de que Marx deriva

todas las formas de alienación del proceso de trabajo, La realidad esencial de una persona no alienada, nos dice, consiste en ser capaz de expresar sus potencialidades humanas en su trabajo. La realidad esencial de la persona alienada consiste en no ser capaz de hacerlo porque el trabajo que realiza es una especie de esclavitud. A consecuencia de ello se torna apática. Sus capacidades humanas se vuelven extrañas para ella.

¿Quién no ha confirmado por sí mismo este descubrimiento sobre la importancia del trabajo? Todos sabemos, por ejemplo, lo monótono que resulta el trabajo cuando nos ha sido impuesto y cuán sugestivo y qué gran fuente de placer puede ser cuando lo escogemos por nosotros mismos. Compárese al hombre empleado en una empresa constructora y al que edifica su propia casa. Toda la manía del *hágalo-usted-mismo* se basa en parte en esta comprensión del trabajo. De la misma manera, muchos habrán observado el cambio que se produce en el carácter de un hombre cuando por vez primera empieza a trabajar en algo en lo que cree, en algo que le exige lo mejor que pueda dar de sí. Y puede dudar alguien, por tomar otro ejemplo, que todo el problema de la delincuencia juvenil se resolvería fácilmente si pudiera ponerse a disposición de los delincuentes potenciales, un trabajo serio, creador, significativo, que tuviera el carácter de un reto, de un desafío?

En la Inglaterra del siglo XIX, Ruskin supo hallar su propio camino para llegar a una comprensión correcta de la importancia del trabajo; hay en ello una intuición que da fuerza y validez a tantos de sus escritos. William Morris tomó de Ruskin esta intuición y la colocó en el centro de su pensamiento. Muchos otros autores que no se han visto influidos directamente por Marx han comprendido por esta tradición, de la que Ruskin y Morris son representantes, la suprema importancia de la relación de un hombre con su trabajo. Puede observarse que las gentes que trabajan en las artes generalmente también se hallan bien informa-

das de esto. Pues la actividad del artista, como decía Schiller, es el prototipo mismo del trabajo libre, del trabajo que libera las energías del creador (de ahí el valor terapéutico del trabajo artístico). Dado que la alienación se produce porque algo funciona mal en la esfera del trabajo, de ello se sigue que la liberación de la alienación exigirá transformaciones fundamentales en esta zona.

Pero ahora hemos de ser más precisos. ¿Qué es, exactamente, lo alienador del proceso de trabajo? Opinión común es que se trata del trabajo en las condiciones de la época industrial (los *Tiempos modernos* de Charlie Chaplin), el trabajo mecánico deshumanizado. Pero no hay duda de que ésta no es la opinión que avanzaba Marx en los *Manuscritos*. Esta opinión representa una disimulada revisión de la teoría marxista. Su principal atractivo, al igual que el de otras formas de revisionismo, es que acomoda la teoría al *statu quo* existente. Pues si el problema reside en la civilización industrial, preciso es decir que también las sociedades socialistas están industrializadas, de modo que el orden económico actual de los países capitalistas no se pone en absoluto en cuestión. Acaso otra razón para concluir que el problema reside en las condiciones de una era tecnológica sea que de ello se sigue que no hay nada que hacer, pues nadie puede pensar seriamente en retroceder a una economía preindustrial. Por el estudio de las neurosis sabemos lo inclinado que está el neurótico a creer que nada puede hacerse por su situación; trata de aferrarse a la convicción de que su perspectiva es desesperada. ¿Acaso puede darse aquí una tentación parecida, esto es, la tentación de adoptar una filosofía que afirme que ninguna de las acciones posibles tiene sentido, filosofía que, por tanto, nada exija de nosotros?

Estamos de acuerdo en que se trata de un problema extremadamente difícil; tanto que personas que no experimentan deseo alguno de defender el orden existente pueden estar convencidas de

que la alienación tiene su origen en la tecnología. Judith Cohen, al iniciar una discusión en la revista «Marxism Today, sobre el tema *La alienación bajo el socialismo*, formula el problema como sigue:

> *Comprendernos muy bien la alienación en el mundo capitalista, pero resulta difícil hacerse a la idea de cómo es posible vencer por completo la alienación en una sociedad industrial avanzada, incluso cuando se trata de una sociedad socialista. El mero cambio de las relaciones de producción no puede modificar realmente las consecuencias de la automatización. Aunque la sociedad se humaniza, las técnicas productivas siguen siendo, seguramente, tan impersonales y tan intimidadoras como bajo el capitalismo. ¿Apretar tornillos y tuercas en una factoría socialista acaso destruye menos el espíritu que en una factoría occidental? Dado por supuesto que el hecho de que bajo el socialismo no se explote al trabajador, ello no modifica las restantes tiranías bajo las que necesariamente labora en una fábrica moderna.*

La opinión expresada por Marx en los *Manuscritos* es inequívoca. Las raíces de alienación, dice, no residen en la industrialización sino en la propiedad privada de los medios de producción. La propiedad privada produce la condición de alienación, y ocurre así ante todo porque el trabajo, en estas condiciones, no sirve a los intereses del trabajador (salvo como medio de ganarse el salario) ni a los intereses de una sociedad en la que el obrero siente que es un objeto: solamente sirve para el beneficio del propietario. En estas condiciones, el trabajo deja de ser un medio por el cual el trabajador expresa sus potencialidades humanas o creadoras; el trabajo se convierte en trabajo esclavizado. En segundo lugar el trabajador, en estas condiciones, es víctima de unas fuerzas que no puede dominar, que ni siquiera puede comprender. Marx describe brillantemente cómo los objetos

producidos por el hombre se convierten en un poder independiente que le domina. Los productos se le presentan

> *"como algo extraño, como un poder independiente del productor... El trabajador se relaciona con el producto de su trabajo como con un objeto extraño... Cuanto más se vuelca el trabajador en su trabajo, tanto más poderoso es el mundo extraño, objetivo, que tenga frente a sí, más pobres son él mismo y su mundo interior y tanto menos dueño es de sí mismo. Lo mismo sucede en la religión. Cuanto más pone el hombre en Dios, tanto me nos guarda en sí mismo. El trabajador pone su vida en el objeto, pero a partir de entonces ya no se pertenece a sí, sino al objetó. Cuanto mayor es la actividad, tanto más carece de objetos el trabajador. Lo que es producto de su trabajo, no lo es él. Cuanto mayor es, pues, este producto, tanto más insignificante es el trabajador. La alienación del trabajador en su producto significa no solamente que su trabajo se convierte en un objeto, en una existencia exterior, sino que existe fuera de él, independientemente, extraño, que se convierte en un poder que le enfrenta; que la vida que ha prestado al objeto se le enfrenta a él como cosa extraña y hostil.*
>
> *La alienación se produce, en suma, porque los objetos que el hombre ha creado empiezan a dominarle en el desarrollo del mercado capitalista. El hombre deja de tener el sentimiento de crear algo para su propio uso e ignora las razones del ascenso y descenso de la demanda de los prodoctos de su trabajo. «El trabajador existe para el proceso de producción, y no el proceso de producción para el trabajador."*

Es erróneo creer que el artesano de alguna época pasada, el zapatero independiente, por ejemplo, es el prototipo de la persona

no alienada simplemente por vivir en una época anterior a la de la industrialización. Pues en la medida en que sus productos se convertían en objetos que tenían una vida independiente propia, en que se convertían en parte de un mercado que no podía comprender ni controlar, había un sentido en el que muy bien podía estar alienado. Por el contrario es un error pensar que el obrero de la cadena de montaje es el prototipo del individuo alienado simplemente por formar parte del aparato de la producción en masa. En una sociedad que hubiera erradicado las dos fuentes de la alienación, la propiedad privada de los medios de producción y el mercado (que hace que los productos del trabajo de un hombre se conviertan en objetos extraños que tienen un poder independiente sobre él) el obrero de la cadena de montaje se hallaría, cuando menos, en vías de emanciparse de la alienación.

La cuestión es de la mayor importancia debido a que nuestro análisis de las causas determinará nuestra reflexión sobre el remedio. Si el trastorno reside en la tecnología, decíamos, no habría modo de escapar a él. Pero Marx propone una solución para el problema. Esta solución, como todo el mundo sabe, es la propiedad pública de los medios de producción, esto es, el socialismo o (por emplear el término que en realidad emplea en los *Manuscritos)* el comunismo: «*el comunismo* como trascendencia positiva de la *propiedad privada*... y por tanto como verdadera *apropiación de la esencia humana* por y para el hombre; el comunismo como el completo retorno del hombre a sí mismo como ser *social* (esto es, humano)...»

La sociedad comunista es para Marx, en esta fase, el requisito previo indispensable para la humanización del hombre. La opinión marxista es que puede encontrarse una solución para el problema de la alienación; lo que se necesita es la propiedad y el control social de los medios de producción. No es que esto haya de poner fin a la alienación inmediatamente; se trata más bien de

que constituya el primer paso indispensable para una emancipación gradual de la condición de alienación.

En los primeros manuscritos, Marx estaba cristalizando su materialismo filosófico. Los manuscritos, como documentos de transición, nos revelan el pensamiento de Marx en el momento en que estaba encontrándose a sí mismo, cuando se estaba liberando de la influencia de sus predecesores, Hegel y Feuerbach en particular. Uno de los puntos más importantes lo constituye el hecho de que este último era un materialista inconsistente. En opinión de Marx, era materialista en muchos rasgos de su filosofía, pero no en su comprensión de la Historia. De ahí que su perspectiva fuera la de un idealista, y como filósofo idealista creyera que la alienación se podía superar mediante el proceso del pensamiento, mediante la influencia de las ideas o la pugna ética. Marx, sin embargo, está formulando ya en los *Manuscritos* su materialismo filosófico más consistente y comprende que el modo de escapar a la alienación no es simplemente la influencia de las ideas sino que se realiza a través de la acción práctica, mediante la transformación de las relaciones concretas de la sociedad.

Hoy la gran tentación consiste en volver a Feuerbach: en volver a un modo de pensar sobre la alienación materialista inconsistente o llanamente idealista. Frecuentemente ello cobra la forma de una suposición según la cual cuando hayamos comprendido la fuente de la dolencia quedaremos magníficamente curados. La tradición del idealismo filosófico nos incita a pensar que la fuerza del espíritu, independientemente de la estructura de la sociedad, puede obrar milagros.

Nos enfrentamos aquí con lo que sin duda es una de las deformaciones capitales de la consciencia en la sociedad actual. Y fue también la deformación mutiladora característica del pensamiento social en muchos pensadores distinguidos del siglo XIX. Se

trata del error filosófico más acorde con la mentalidad académica. Dado que la Universidad se ocupa de las ideas, casi todos los profesores están expuestos al encanto seductor de la creencia de que si se puede simplemente enderezar el modo en que piensa la gente se resolverán los problemas del mundo. A todos nos resulta fácil sobreestimar la fuerza de las ideas y de la persuasión moral y subestimar la profunda influencia de la estructura institucional de la sociedad. La más drástica transformación particular de la Weltanschauung que exige el marxismo es el cambio de este modo de pensar a un materialismo que reconozca que todas las formas del pensamiento y del comportamiento están sometidas a influencias explicables, en último término, por referencia a los cambios que se producen en las fuerzas y las relaciones de la producción. Marx nos enseña a comprender que los sistemas de ideas, los códigos éticos y las filosofías de la sobreestructura no ejercen, en definitiva, la influencia decisiva sobre la estructura institucional de la sociedad. Por el contrario, esta estructura, que se desarrolla a su vez bajo la influencia del variable modo de producción, determina, en último lugar, el carácter de los sistemas de ideas, de los códigos éticos y de las filosofías.

Sin duda hay otras razones por las cuales sentimos la tentación de adoptar la opinión de que el entendimiento solo, una actividad de la mente, nos liberará mágicamente de la condición de alienados. Se trata de una opinión segura; no nos erige hacer nada que suscite gruñidos de los perros guardianes de los privilegiados. He apuntado anteriormente que la idea de que el origen de la alienación está en la tecnología y no en la propiedad privada, nos resulta atractiva en parte porque esta tesis no da esperanza alguna y no exige ninguna acción. Acaso experimentemos un atractivo análogo por la idea de que la comprensión de las fuentes de la alienación es un instrumento de liberación suficiente. También es una idea que no exige acción. Podemos observar igualmente que esta opinión encaja muy bien con un cómodo

enfoque moralizante de ciertas cuestiones difíciles: siempre es más agradable predicar que actuar. Con todo, también debemos señalar que resulta fácil adoptar esta opinión porque, en realidad, algo tiene de cierto. La comprensión ayudará a la liberación. Incluso es una condición previa necesaria para la práctica. Dado que la comprensión es indispensable, nos resulta fácil dar un paso ideal más y dar por supuesto que es cuanto necesitamos.

Una de las debilidades de la discusión de la alienación de Erich Fromm es que adopte tan frecuentemente un enfoque moralizante del problema. La perorata de la introducción de los *Josephson al Man Alone* es otro ejemplo de ello. Los Josephson han explicado lo que es la alienación, de modo que se vuelven tranquilamente al lector y le incitan a que se desaliene a sí mismo. «¿Podemos conseguir un sentido de nuestra finalidad y conservar la libertad que tanto valoramos y que tan pobremente usamos? ¿O nos arrojaremos a un Estado-cuartel que nos dará las órdenes de marcha? ¿Por qué optaremos? Puede que el resto del mundo no aguarde mucho a que nos decidamos.» Seguramente lo implicado por un lenguaje como éste es que cuando hemos comprendido la naturaleza de la alienación podemos decidir, mediante un esfuerzo moral, desalienarnos.

Si en este punto seguimos a Marx, lo importante es insistir en que la comprensión de la naturaleza y de las causas de la alienación no es suficiente en sí misma para liberarnos; que lo que nos liberará, por otra parte, es la práctica: la práctica dirigida al establecimiento de un tipo de sociedad en la que los hombres trabajarán realmente para sí mismos y en la que se producirán, de acuerdo con ello, las condiciones previas necesarias para el desarrollo de un tipo de trabajo que sea expresión de las capacidades humanas del trabajador.

Puede obtenerse una segunda conclusión del hecho de que los manuscritos juveniles fueron documentos de trasición. Marx no

se detuvo en el concepto de alienación sino que lo subordinó a un sistema de ideas más amplio y más complejo, y lo convirtió en parte del mismo. Se conserva en la teoría del fetichismo de la mercancía, en el pensamiento del Marx de la madurez; pero mientras que en los manuscritos juveniles la alienación tiene una importación capital, la teoría del fetichismo funciona en la obra posterior solamente como una parte subordinada de un aparato teórico atrevido, amplio y complejo. Las principales características de este aparato teórico son la concepción del materialismo histórico, en la que el modo de producción se considera generador de transformaciones en la estructura total de la sociedad, como clave del cambio histórico; los descubrimientos especiales relativos a la naturaleza del sistema económico capitalista, la teoría de la plusvalía, etc.; el papel del conflicto y la contradicción de clases; la relación entre las realidades de clase fundamentales y los fenómenos de la vida espiritual, artística y cultural en la sobreestructura.

Si se tratara de dar una explicación marxista de la propia época, sería necesario utilizar toda la teoría y no destacar una parte aislada de ella. Para explicar fenómenos de los que frecuentemente se da razón sólo en términos del concepto de alienación, sería necesario, además, analizar el conflicto entre los dos sistemas, el capitalista y el socialista, y el modo en que se ha explotado ese conflicto para desarrollar una mentalidad de guerra fría. Al hablar de cómo hemos de luchar en lo sucesivo, necesitaríamos analizar el papel especial de la clase obrera, la relación entre cambio cuantitativo y cambio cualitativo en el movimiento social, etc. Apuntaré que solamente un aparato teórico tan complejo como éste podría darnos claridad teorética sobre la naturaleza de la realidad del presente.

Todo esto es teoría. Pero como norteamericanos, encontramos difícil tomar en serio una análisis teórico que difiere acentuadamente de lo que tenemos ante nuestros ojos. Este hábito mental

pragmático, que es sin duda nuestro rasgó más destacado como pueblo, es, a pesar de todo, un rasgo con el que tenemos que vivir; y el modo de vivir con él, en este momento, no es hablar de teoría (de ese deslumbrante aparato teórico que tanto se ha apoderado de la imaginación y de la mente del hombre de nuestra época), sino hablar de cómo se elabora la cuestión en la práctica.

Hay que concluir. He apuntado al principio que el término «alienación» se emplea de manera laxa; llega a utilizarse para aludir a toda una serie de trastornos psicológicos. He pasado luego a un análisis histórico, en un esfuerzo por establecer cierto grado de precisión. A la vista de este examen histórico, ¿habría que proponer acaso una limitación del uso del término? Creo que sólo un pedante puede hacer una propuesta semejante. Las palabras adquieren sus propios significados; se sustraen al que tienen inicialmente y cobran vuelo propio transformándose. Los esfuerzos por limitar un término como «alienación a un significado sugerido por su origen han de ser sin duda infecundos. Me parece, sin embargo, que el examen histórico apunta algunos modos útiles de pensar sobre la condición de alienación. En particular, nos proporciona los instrumentos necesarios para evitar el sentimentalismo que rodea al término en gran parte de su uso corriente. Lo sentimental es aquí la tendencia a engañarse a sí mismo pensando que este concepto ha revelado algo el secreto de la época, mientras que al mismo tiempo no se experimenta la responsabilidad de actuar diferentemente a la vista de este conocimiento. Albergar una emoción sin cambiar el comportamiento propio de la manera exigida por las condiciones que suscitan esta emoción es precisamente lo que entiendo por sentimentalismo. Y alienación es un término especialmente apto para suscitar un sentimentalismo de esta índole.

Nuestro análisis histórico puede ayudarnos de tres maneras distintas a hacer frente a esta clase de emotividad sentimental. En primer lugar, no hemos de emplear el término como clave única

para la comprensión de la realidad contemporánea. Ha de funcionar como un componente de un cuerpo teórico complejo. La verdadera tarea del intelectual de nuestra época consiste en elevarse a un aparato teórico que mida la complejidad de la realidad contemporánea. No hemos de permitir que el mágico talismán de la alienación nos impida responder a este desafío. En segundo lugar, hemos de recordarnos a nosotros mismos que el núcleo del problema reside en la relación del hombre con su trabajo, y que no resolveremos el problema de la alienación hasta que introduzcamos cambios en la estructura de la sociedad, que condiciona la actitud de una persona hacia su trabajo y su capacidad para dar expresión en éste a sus energías creadoras. En tercer lugar, hemos de recordar al mismo tiempo que la comprensión de las causas de la alienación no nos va a liberar por sí misma de esta condición; que el instrumento de liberación será la práctica dedicada a la construcción del tipo de sociedad en que han de prevalecer relaciones más saludables con el trabajo.

